



Frutos

Extensión Solidaria Universidad de Antioquia





Extensión Solidaria

Universidad de Antioquia

3.000 ejemplares Distribución gratuita ISSN 2339-4633



Publicación de la Vicerrectoría de Extensión
Universidad de Antioquia

Presidente del Consejo Superior Universitario
Sergio Fajardo Valderrama

Rector
Alberto Uribe Correa

Vicerrector de Extensión
Pablo Patiño Grajales

Comité Editorial de la Revista
Pablo Patiño Grajales
Beatriz Betancur Martínez
Diana Isabel Rivera Hincapié
Róbinson Úsuga Henao
Vicerrectoría de Extensión

Periodismo y Fotografía
Róbinson Úsuga Henao
Eliana María Castro Gaviria
Jeny Montoya Gil
Joaquín Emilio Gaviria
Natalia Maya Llano
Diana Isabel Rivera Hincapié

Corrección
Sergio Tangarife Jaramillo

Diseño y Diagramación
Camilo Montenegro Cárdenas

Impresión
La Patria

Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia
Vicerrectoría de Extensión

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia
Calle 70 No 52 - 72. 6º piso, oficina 600

Correo electrónico: comunicaciones@extensionudea.net

Teléfonos: 219 5170 - 219 8192 - 219 8172

Contenido

- 1 Presentación
- 2 “¡Podemos hacerlo bien!”
- 5 En el Parque se siente la Vida
- 8 Psicoballet, la fina combinación
- 11 VIH-Sida, Siguiendo el rastro en comunidades indígenas
- 14 Por una seguridad “desde abajo”
- 16 Manolo rompe su secreto
- 20 En busca de la felicidad
- 24 Cuenta La 13: Misión cumplida
- 27 Jardín: Territorio verdeazulado
- 31 Una víctima en el corazón

Presentación

Quisiera, en primer lugar, presentar a algunos de los personajes cuyas historias retratamos en las crónicas que se compilan en esta edición de Frutos, y voy a comenzar por Cristina. Ella, mujer rural del occidente antioqueño, junto a otras mujeres, ha trabajado fuertemente por su independencia económica con lo que mejor sabe hacer: arepas. También está Yurani, quien con el entusiasmo juvenil de sus 19 años se ha convertido en una de las lideresas del resguardo indígena al que pertenece; y José Humberto, más conocido entre sus paisanos como “El loco”, es un campesino que ha hecho de su finca un modelo de conservación ambiental. Tanto él como Yurani viven en el suroeste del Departamento.

En la ciudad está Luis Alfonso, marcado por el número 13, pues esa es su edad y esa es la Comuna de Medellín en donde vive. Él, con micrófono de radio en mano ha tomado la vocería de la libertad de expresión y de la memoria del conflicto urbano que se adueñó de aquellas lomas que sube y baja diariamente. Por su parte, Dora, ama de casa y habitante del centro de la ciudad, encontró un lugar vecino, gracias al cual ella y su hijo están más unidos y son más felices. Por supuesto, hay que mencionar a la pequeña Alejandra, a quien la discapacidad cognitiva no le impide liberar su cuerpo y su mente cuando baila con la profesora Beatriz y con otros niños como ella; y a Manolo, un niño de trapo con un gran secreto que refleja la situación de muchos niños de carne y hueso.

No se conocen entre sí, y seguramente no se enterarán de la existencia de los otros hasta que lean esta revista. Viven en lugares apartados, en contextos y condiciones disímiles, pero los une el hecho de que permitieron que a sus vidas llegaran profesores, estudiantes, egresados y empleados de la Universidad de Antioquia, quienes con el apoyo de otras instituciones, han buscado la forma de transformar sus vidas y de compartir sus conocimientos académicos, científicos y técnicos con ellos. Indudablemente, en esa relación, tanto universitarios como ciudadanos han aprendido los unos de los otros.

Qué mejor forma de narrar los frutos de la extensión solidaria de la Universidad de Antioquia que a través de los testimonios y las historias de vida de aquellos que se han favorecido de ella: mujeres, campesinos, víctimas del conflicto, personas con discapacidad, indígenas, población vulnerable y posiblemente muchos más actores que harán parte de esta historia en otros momentos.

Y qué mejor forma de reconocer a los profesores, estudiantes, egresados y empleados, que relatando la forma en cómo su labor ha contribuido a lograr pequeños cambios que transforman las vidas de aquellos con quienes interactúan. Por eso, en esta revista, también ellos son protagonistas, y de manera particular, en esta edición, se resalta el espíritu solidario y de servicio del abogado y profesor Jaime Agudelo, director del Centro de Atención a Víctimas del Conflicto de la Universidad de Antioquia.

Espero que disfruten de estos relatos mientras nos acompañan en el recorrido por pequeñas historias llenas de sensibilidad y solidaridad.

Pablo Patiño Grajales
Vicerrector de Extensión



“¡Podemos hacerlo bien!”

No es simplemente la historia de una fábrica de arepas en el municipio de Liborina, se trata de la nueva forma de vida de cientos de mujeres que hoy son líderes y empresarias en el Occidente antioqueño. Esto fue posible gracias a un convenio de cooperación internacional, el apoyo de la Gobernación de Antioquia y de la Unidad de Gestión de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Antioquia.

Dos horas después del final de la última fiesta por el Día de la Madre, con el cielo todavía oscuro, una mujer de pelo corto y sudadera, Leidy, empieza su jornada de trabajo. Llega a lavar el maíz, unos 150 kilos. Organiza el salón, limpia las máquinas y pone a cocinar el grano.

Más tarde, a las cuatro de la mañana, llegan otras cinco mujeres, con el pelo recogido y un delantal blanco.

–Ayer había mucha gente, nunca había visto tanta fiesta en San Diego –comenta Marcela mientras comienza a moler.

–¿A qué horas acabó la fiesta? – pregunta Irma.

–A la una. ¿Hasta qué horas vamos a trabajar hoy?

–Hasta las ocho y media, más o menos. Hay que hacer, primero, cincuenta paquetes de arepas sin sal. ¿A la una? Si yo no me acuesto a las ocho de la noche, no soy capaz de venir a trabajar.

–Menos mal nosotras somos las jefas.

Hace tres años ya, que amanece demasiado pronto para seis mujeres de San Diego, un corregimiento enclavado entre montañas y a veinte minutos de Liborina. El motivo: esta fábrica de arepas, Sandiricas, las arepas más ricas de la región, dicen ellas. Sin que todavía el cielo aclare, Cristina recuerda: “Cuando empezó todo nosotras estábamos muy crudas. No sabíamos cómo se formulaba un proyecto, no creíamos tampoco. Es que estábamos cansadas de tantos proyectos que llegan, dicen ‘organícense’ y se van. Todo se quedaba en el papel, pero aquí no fue así”.

Del proyecto que habla Cristina, mientras empaqueta cinco arepas en cada paquete, es de *Cooperación para la equidad*, una iniciativa del País Vasco, la Gobernación de Antioquia y la Unidad de Gestión de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Antioquia, una experiencia de cooperación internacional que formó y apoyó económicamente a estas mujeres del occidente antioqueño para que se reconocieran en el ejercicio de sus derechos y generaran sus propios ingresos.

La casa tiene cuatro salones: en el del fondo Marcela muele el maíz mientras Irma y Ana arman las primeras arepas. En el de la mitad Orfa está pendiente del horno; en otro más adelante Cristina empaqueta las arepas y recibe los pedidos. En otro salón, a su derecha, están las neveras, un cartel que dice ‘Asociación de Mujeres de San Diego, Liborina, mujeres protagonistas del desarrollo local’ y un par de fotografías de mujeres sonriendo. Es lunes, el trabajo no está muy agitado, quizás esté bien recordar esta historia.

Lo mejor siempre es comenzar

“Lo que buscaba el proyecto era una especie de revolución de las mujeres, que conocieran su historia, buscaran sus derechos, se formaran, reconocieran sus habilidades y, después de eso, tuvieran un apoyo económico para crear una unidad productiva que les permitiera hablar de independencia”, explica Gladys Arroyave, el enlace entre las mujeres de San Diego y la administración municipal.

Con el apoyo de la Alcaldía de Liborina, el proyecto conoció cuáles eran los grupos de mujeres del municipio y cuáles estaban interesadas en hablar de participación política y liderazgo. Las convocó y les pidió articularse bajo alguna figura: así nació la Asociación de Mujeres de San Diego. “Lo primero fueron las escuelas de liderazgo político, trabajábamos con ellas la historia de la mujer, sus reivindicaciones, cómo y para qué trabajar en red. A partir de ahí, hablándoles de liderazgo, empezaron a conformar comités de acuerdo a sus habilidades. Fue cuando dijeron ‘queremos hacer paletas’, o arepas, o montar un quiosco turístico”, explica Lyz Giraldo, cogestora del proyecto y el enlace entre el País Vasco, la Gobernación y la Universidad de Antioquia.

Como las mujeres de la Asociación de San Diego entraron tarde al proceso, tuvieron sus ventajas y desventajas: así como pudieron estudiar otros proyectos y apostarle a las arepas, el presupuesto con el que contaron fue menor. Mientras la fábrica de arepas de San Andrés de Cuerquia contó con casi 17 millones de pesos, Sandiricas recibió ocho. Eso fue lo de menos porque más que plantear estas unidades como negocios, el proyecto les habló de la necesidad de tener espacios de esparcimiento, de formación y desarrollo.

Después de un estudio de mercadeo y productividad, aprendieron a hacer estas arepas de maíz, sal y nata, el toque secreto. Además de formación, el proyecto las dotó con una máquina para moler, una nevera, una artesa, algunos moldes y las primeras bolsas con el logotipo de la fábrica: “Lo que ellas iban requiriendo se les dejaba como capacidad instalada para que tuvieran una base para continuar”, asegura Lyz.

Y mientras iban aprendiendo a manejar máquinas y a llevar contabilidades, surgieron otras actividades: plantones el Día de la Mujer, la limpieza del parque y la conmemoración del Día de las Víctimas. En total son 17 las mujeres que hacen parte de la Asociación, y seis las de la unidad productiva. A veces rotan.

Uno de los objetivos de esta cooperación, fue formar a estas mujeres en la legalidad, explicarles la importancia de llevar registros ante la DIAN, la tributación y los contratos: “Las condiciones físicas del territorio son duras, pero las iniciativas productivas cogieron vuelo. Más que por el dinero, porque las mujeres estaban cansadas de tantas dificultades. Como experiencia profesional fue muy importante ver a estas mujeres con tantas necesidades, pensándose de otra forma, y ver el diálogo que se generó a nivel institucional para que esto fuera posible”, concluye Lyz.



El programa AMBBI impulsó otro proyecto en Medellín:

De la exclusión al reconocimiento, con mujeres afrocolombianas de las comunas ocho y nueve de la ciudad.



“Para las mujeres de Liborina, cooperación significó asumir el riesgo, salir, ver que la vida estaba afuera, donde se toman las decisiones”, dice Adriana Maya, alcaldesa. Liborina tiene la única alcaldesa de la subregión y la primera en su historia.

Lo más difícil siempre es continuar

“¿Se acuerdan del Día de la Mujer del año pasado?”, pregunta Ana. “¿Cuando los hombres nos recibieron con torta, y nos escribieron notas en las que nos decían que nos querían mucho? Si a mí me preguntan, hemos cambiado mucho: reorganizamos en nuestros hogares la forma de vida, ya hasta mandamos. ¡A ratos, pero mandamos!”.

Y todas sueltan alguna carcajada.

“Y cuando alguna socia ha tenido problemas, la unidad ha sido el refugio”, continúa Irma.

“Es que tenemos muchas diferencias, pero hay mucha solidaridad y credibilidad: aquí en San Diego ya la gente cree en los grupos de mujeres”, concluye Ana.

La mañana se va en un suspiro. “Hay días que dan más ‘briega’ que otros: a veces el gas se acaba a las cuatro y media de la mañana o la máquina de moler no quiere moler sola”, comenta Marcela. “Pero hoy nos ha rendido”. A eso de las cinco de la mañana ya llevan hechos unos 80 paquetes, y a las seis comienzan a llegar los primeros clientes: unos paquetes se van para un par de tiendas en Liborina, otros se quedan en las de San Diego y otros cuantos se van vendiendo durante el día.

Solo que todavía sigue siendo muy difícil en este país un proyecto como estos: faltan más licencias, seguridad social, un terreno propio, faltan siempre más ventas. Sin embargo, cuando a las nueve de la mañana ya no queda más masa por hoy, alguna recuerda: “Ya nos llevaron de la mano, dieron los primeros pasos con nosotras, ahora tenemos el reto de caminar solas. ¡Sí podemos y podemos hacerlo bien!”.

Hace seis años, tres instituciones internacionales – el Ayuntamiento de Bilbao, la Diputación Foral de Biskaia y la Caja BBK de ahorros– decidieron apostarle económicamente a una experiencia en Medellín. Por esos días invitaron a la Gobernación de Antioquia, a la Alcaldía de Medellín y a la Universidad de Antioquia a pensar en dos proyectos que tuvieran que ver con equidad de género y desarrollo local. Como recién se hablaba en el departamento de la concesión de Pescadero Ituango, la gobernación de Luis Alfredo Ramos decidió trabajar con las mujeres del Occidente antioqueño, entre otras razones para contrarrestar los impactos negativos que traería la construcción de la hidroeléctrica.

Ese proyecto fue *Cooperación para la equidad*, que en un comienzo propuso abordar los doce municipios de influencia de la hidroeléctrica, pero que por recursos y viabilidad se apoyó en seis: Sabanalarga, San Andrés de Cuerquia, Ituango, Briceño, Toledo y Liborina. Con el trabajo de todas estas instituciones, se organizaron 13 asociaciones de mujeres en la subregión. Cada asociación con sus unidades productivas: en Ituango, por ejemplo, las mujeres montaron una fábrica de confecciones, un restaurante y una fábrica de arepas; en Briceño una panadería y una peluquería itinerante y en Toledo una despulpadora de frutas y una fábrica de elaboración de bloques de concreto. En total se conformaron 24 unidades productivas.



Este año en Liborina se empezó a construir la Política de la mujer. Cooperación para la equidad permitió que muchas mujeres de la subregión presentaran este tipo de propuestas y llegaran a espacios de debate como los consejos de planeación o seguridad de sus municipios.

En el Parque se siente la Vida

Quizás no sepas que es tuyo, pero sí, es tuyo y está abierto para ti. Es un lugar para la Vida, está en Medellín y es posible gracias a la Universidad de Antioquia y la Alcaldía de Medellín.

Sientes curiosidad, quieres entrar y saber con qué te encontrarás en esa habitación. Desde afuera escuchas un enigmático y profundo sonido metálico que proviene de su interior y ves el fulgor de una luz blanca que se prende y apaga. Pero cuando estás adentro, quizás lo primero que haces es frenar en seco después de haber dado el primer paso, pues al ver las infinitas imágenes tuyas que aparecen frente a ti, a tu derecha e izquierda, quedas en shock por un segundo antes de comprender que son solo tus reflejos en muchos espejos.

Quieres seguir explorando la habitación, pero vacilas al caminar porque no sabes cuán profunda es y temes estrellarte con una pared-espejo. Das pasos con cautela haciéndote vía entre un enjambre de tubos transparentes, con pequeñas luces de colores adentro, que cuelgan del techo. La luz, los espejos, los tubos, el sonido, te sientes parte de una historia de ciencia ficción. Piensas en naves espaciales, laboratorios secretos de experimentación científica, una máquina del tiempo...

Sí. Y como si efectivamente estuvieses en una máquina del tiempo, das un salto al pasado. Sales de la habitación, bajas dos pisos y luego te encuentras en un salón espacioso escuchando música de los años 50. Allí, en el centro de una mesa, hay un antiguo tocadiscos sobre el que gira un Long play. Un grupo de ancianos escucha un bolero. Mueven sus labios tímidamente, tarareando la canción con una voz casi muda: "Hoy he vuelto a pasar por aquel camino verde, que con el valle se pierde".

Sales de este salón, caminas por el corredor y te encuentras con un grupo de jovencitas que revolotean y parlotean indistintamente mientras miran con fascinación la imagen de un hombre joven cuyo cuerpo está tatuado como el de un cadáver. En su colección de tatuajes, que van desde el cráneo hasta los pies, hay músculos, huesos, venas, cartílagos, órganos e insectos.



Sigues avanzando y más adelante descubres un lugar pequeño y acogedor que parece el paisaje de un cuento fantástico para niños. El piso es suave y verde como manga, sobre él, como si fueran hongos, hay esparcidos cojines mullidos, de colores rojo y naranja encendidos. En el corazón del cuarto hay un gran árbol que parece sostener el techo con sus ramas. De estas penden lianas, frutas y un columpio.

Un deslizador se extiende desde el tronco que está hueco. Allí metido, un chiquillo de unos tres años, pelo castaño claro, con rizos que caen sobre sus ojos, asoma su cabeza instantáneamente por un hoyo y la vuelve a esconder después de reírse como si estuviera haciendo la gran gracia.

Las cuatro escenas ocurren casi simultáneamente en el mismo lugar: el Parque de la Vida.



La habitación de los espejos es una etapa de la Sala Interactiva; el salón donde está el tocadiscos es el auditorio, y en esos momentos tiene lugar una de las sesiones del programa Mañanas del Recuerdo, para adultos mayores; la imagen del joven tatuado como cadáver hace parte de una exposición temporal del Museo Universitario; y el cuarto del árbol es la Ludoteca para niños hasta de diez años.

El Parque está ubicado frente a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Al llegar allí te encuentras con un moderno edificio rectangular, de cuatro pisos, con paredes de vidrio y extensos jardines exteriores. No es un lugar al aire libre, no ves zonas verdes, ni canchas, balancines o areneros.

Pero si quieres divertirte, hacer ejercicio, aprender a alimentarte saludablemente, o recibir orientación sobre tus relaciones interpersonales, allí podrás hacerlo. Y si amaneciste con el ánimo caído, para eso está el Club de la Risa, en donde seguramente los clowns, con sus comentarios disparatados y sus movimientos desparpajados te sacarán muchas sonrisas.



Desde que el Parque fue inaugurado en 2012, fruto de una alianza entre la Universidad de Antioquia y la Alcaldía de Medellín, personas como tú, y de todas las edades, van para disfrutar de las múltiples actividades culturales, lúdicas, recreativas y formativas que hay allí y que se enfocan en mejorar su calidad de vida a través de la promoción de la salud y el desarrollo humano.

Visitantes asiduos

Es sábado en la tarde. Escuchas la voz de la profesora que sobresale en el salón: “¡Sale!, ¡Ichi! ¡Ni! ¡San! ¡Shi! ¡Go! ¡Roku! ¡Shichi! ¡Hachi! ¡Ku! ¡Ju!- Los pequeños siguen el ritmo, lanzan un puño aquí, una patada allá, se ponen en guardia.

A una instrucción de la profesora, los chicos empuñan sus manitos y las levantan a la altura del mentón, separan sus piernas y flexionan levemente sus rodillas. No puede menos que inspirar ternura la escena de aquellos pequeños de rostros ingenuos, de no más de un metro y veinte centímetros de altos, con esa postura y miradas retadoras.

Están en clase de Karate. Te das cuenta que Samuel, de unos siete años, es el más inquieto del grupo. “¡No pares Sami!, ¡levanta la nalga!, ¡Sami preparado, no

La idea de tener un espacio público para la promoción de la salud, la calidad de vida y el desarrollo humano, surgió en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia en el año 2005; se fue gestando y gracias a la convicción de las administraciones municipales, el proyecto del Parque de la Vida quedó incluido en el Plan de Desarrollo de Medellín 2008 – 2011.

La alianza entre la Universidad y la Alcaldía de Medellín comenzó a operar en 2009. Desde entonces vincularon de manera permanente al proyecto a representantes de los barrios vecinos y a los vendedores ambulantes del sector.

En septiembre de 2012 se inauguró el Parque y comenzó a prestar sus servicios a la ciudadanía bajo la administración y operación de la Universidad. Desde entonces, en el marco de diferentes proyectos, se han realizado más de 200 actividades con la participación de aproximadamente 7 mil personas.

estás listo, cierra los puños, cierra los pies, mira al frente!”, le dice en reiteradas ocasiones la profesora.

A diferencia de Samuel, y a pesar de ser el más chico de los estudiantes, John Fredy es más concentrado y disciplinado. Cumple al pie de la letra las instrucciones: “¡Kibadachi Kamae! Avanzando, cruza, pateo, cruza, pateo, cambio de pierna”.

Fredy tiene seis años y, sagradamente, todos los días desde hace más de un año le pide a su mamá Dora que lo lleve al Parque de la Vida. “Lo que más me gusta es la ludoteca”, dice con la boca llena de torta que les acabaron de repartir después del entrenamiento. También tiene bigote de leche y migajas de harina pegadas en la nariz y el cachete.

Fredy no tiene hermanos, vive con su mamá a una cuadra del Parque, su papá es conductor de un camión y pasa mucho tiempo por fuera de casa. “Antes, Fredy era un niño muy tímido y se la pasaba encerrado. Yo renuncié a mi trabajo para compartir más tiempo con él, y desde que supe del Parque lo empecé a traer. Ahora ya parecemos de acá”, dice Dora entre risas.

Ella va a charlas de Crianza Humanizada, a clases de Yoga y Aeróbicos. A Fredy lo lleva a la ludoteca, a títeres, a manualidades y al club de la risa. Juntos asisten a Karate. “El Parque es el único lugar en este sector para que niños y viejos nos divirtamos y pasemos tiempo juntos. La verdad es que el vínculo entre Fredy y yo es más estrecho ahora, y él se relaciona mejor con otros niños”.

Dora está completamente apropiada del Parque y es una de sus principales promotoras. Ella pasa la voz entre las otras mamás y los demás vecinos; reforzando la invitación que está inscrita en letras enormes en el portón de entrada: PARQUE DE LA VIDA, ES TUYO, ENTRA, CONÓCELO Y DISFRÚTALO.

“El Parque es una experiencia de unión de esfuerzos entre las dependencias de la Universidad y de otras instituciones para promover la participación de la comunidad en lo que concierne a su propio bienestar” Greta Romero Deluque, coordinadora del Parque.

Muchos programas del Parque han tomado “vida” gracias al trabajo conjunto de las facultades de Medicina, Enfermería, Odontología, Salud Pública, Artes, Comunicaciones, Ciencias Sociales y Humanas, y Educación; las Escuelas de Microbiología y de Nutrición y Dietética, el Instituto de Educación Física, el Museo Universitario y el Departamento de Extensión Cultural.

El Inder Medellín es el gran aliado en el componente lúdico – recreativo; por su parte, UNE EPM Telecomunicaciones, EDATEL, Ruta N y Savia Salud le apostaron al Living Lab de Telesalud, para el uso de tecnologías de la información y la comunicación como apoyo a los programas de promoción de la salud; proyecto que nació en la Universidad y que también tiene asiento en el Parque.

Hay programas con la Alcaldía de Medellín que llegan a otras comunas de la ciudad; como Medellín se toma la palabra, para que los ciudadanos reflexionen sobre temas como equidad, ciudadanía, vida y convivencia; y Comportamientos saludables, sobre salud sexual y reproductiva, comportamientos familiares y resolución de conflictos.





Psicoballet, la fina combinación

La danza clásica del ballet sirve para restaurar el equilibrio psíquico-social en personas con discapacidades cognitivas, motoras y sensoriales. Se trata de un método cubano que ya se aplica en la Universidad de Antioquia.

Tiene la delgadez propia de las bailarinas de ballet y la manía de peinarse con moño redondo en la coronilla de la cabeza, como las bailarinas de ballet. “Este peinado es para verme más grande”, dice.

Es profesora de danza. Es bailarina de ballet. Se llama Beatriz Duque.

Es la instructora de psicoballet, el primer curso de danza de la Universidad de Antioquia dirigido a chicos con síndrome de Down o algún trastorno o discapacidad cognitiva. “Esto es verdadera inclusión”, afirma Martha Londoño, la madre de Emilio José, el primer joven inscrito.

Los sábados llegan ellos al medio día. Entran desgranados al salón con piso de madera y paredes de ladrillos. “¡Beatriz Duque!”, “Beatriz Duque...”, todos la llaman por el nombre y el apellido desde que llegan y saludan. El tranquilo ámbito del salón se remueve por sus presencias inquietas. Empieza la clase de psicoballet y queda decretado, sin que nadie lo diga, que durante dos horas ninguno de los presentes será neutral en su comportamiento. Ni siquiera la profesora Beatriz Duque, que exagera con histrionismo todas sus voces y ademanes.

Entre besos y sonrisas las mamás se despiden. Tienen cosas para hablar en la cafetería mientras los chicos y las chicas aprenden a bailar.

La música, los movimientos corporales y la interacción en compañía, les permite adquirir mayor confianza en sí mismos. Mayor capacidad para socializar con otras personas. Beatriz Duque explica: “El psicoballet sirve para atender a poblaciones vulnerables, y mi enfoque son las personas con discapacidades cognitivas diversas, como síndrome de Down y otros”.

Ella es licenciada en Educación Especial del Tecnológico de Antioquia. En algún momento de su vida una iluminación le llegó como idea redonda: “¡es el arte!, quiero trabajar arte con población en situación de discapacidad”. El amor ya lo tenía. Hizo una licenciatura en Educación de Artes Plásticas en la Universidad de Antioquia. Metió la cabeza por el teatro, la danza, el arte plástico y la música. Y en su errabundo camino encontró al psicoballet.

Inicia la clase

–Intégrate, Juli–le dice Beatriz Duque a Julián, un adolescente alto, delgado, callado.

Julián quiere pero se apena. Le dice “no” con la cabeza.

– ¿Te da mucho susto?

Él le dice “sí” con la cabeza.

–De qué, sino... ¿y entonces qué pasará cuando nos presentemos en el teatro?

De repente llega Emilio José, el showman del grupo y le dice con sonrisa pícaro:

–Beatriz Duque, tengo algo para ti...

Suspense. Ella lee un papelito cuadrado de color azul y levanta la mirada con su rostro resplandecido.

–Jajaja, ¿me estás invitando a tu cumpleaños?

–Así es... –le responde con una sonrisa y un ademán.

– ¿A un *concierto con s*? Jajaja.

– ¡En mayo 18, por motivo de mi feliz cumpleaños!
–replica él, como si hablara por micrófono desde una tarima.

Ella repasa la invitación hecha a mano, con trazo de lápiz y letras dispares.

–Pero aquí no está la dirección. ¡No sabré a dónde ir el 18 de mayo!

– ¡Queda en Castropol! –Wendy, una adolescente de trenza gruesa y larga, mete la cucharada desde el fondo del salón.

Como la pizza y la pasta, el ballet también nació en Italia, en la Era del Renacimiento. Sus pasos llegaron hasta Francia, donde desarrolló una escuela propia durante el siglo XV y adquirió el estatus de profesión con la creación de la Académie Royale de Dance, en 1661.

El ballet logró estilos propios en Dinamarca, Inglaterra y Francia. Y en el siglo XX los bailarines rusos se ganaron los aplausos y el respeto mundial por representar, en palabras de los críticos, “la cima de la perfección clásica”, claramente apreciable en el extraordinario nivel técnico de su danza.

La buena amistad entre cubanos y soviéticos durante la Guerra Fría hizo que los rusos llevaran los secretos de su danza a la pequeña isla. Allí, en La Habana, fue donde a la psicóloga Georgina Fariña García se le ocurrió un día que, además de servir para deleitar a multitudes de sensibles espectadores, el ballet clásico también podría ser un método psicoterapéutico para niños con trastornos de la conducta. Y nació el primer grupo de psicoballet en febrero de 1973.

“Mi hija era reacia a estar entre sus pares, pero veo que aquí se siente bien” Patricia Restrepo.

Suena piano para ballet

– ¡Pies junticos, espalda derechita, manos a la cintura! –Beatriz Duque está en plena acción dentro de su clase-. ¡Miramos al frente, caminamos en círculo!

– ¿Te puedo dar un abrazo? Le pregunta Wendy, la adolescente de la trenza.

–Sí, está bien, dame un abrazo si quieres.

Y más tarde...

– ¡Y punta! ¡Y flex! ¡Y empeine! ¡Y flex! ¡Muy bien Emilio!

Alejandra es la chica más nueva del grupo y apenas se adapta. Se acerca a ella y le ayuda a enderezar la espalda. Con los dedos hace la mímica como si cerrara su boca con un cierre invisible.

–Ya saben, espalda derechita.

Al poco tiempo Alejandra tiene de nuevo la espalda arqueada y Beatriz Duque regresa para enderezarla. Lo hace muchas veces durante la clase.



La profesora y bailarina Beatriz enseña con una paciencia a prueba de interrupciones.

Minutos después...

–Abro –dice Beatriz Duque.

–Abro –repite Emilio José.

–Cierro –dice Beatriz Duque.

–Cierro –repite Emilio José.

–Emilio, no tienes qué repetir lo que digo –exclama ella.

Todos ríen.

–Y abro. Y cierro.

– ¿Te puedo dar un abrazo? –pregunta Wendy.

Como los puros más famosos, el psicoballet también es cubano. En las vacaciones decembrinas del año 2009 Beatriz Duque viajó hasta la isla para aprenderlo. Deslumbrada por sus métodos y resultados, en 2010 propuso la creación de un curso integrado en artes para niños con discapacidad cognitiva en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, donde era profesora desde hacía algunos años.

“Tuvimos un primer intento, pero no fue fácil. La población con este tipo de discapacidades no podía pagar los cursos”, explica Gloria Milena Pérez, artista plástica y coordinadora de los cursos de Extensión de la Facultad de Artes.

Hasta entonces Gloria Milena observaba un curioso fenómeno que sucedía en su facultad: cada vez se acercaban más niños con síndrome de Down para inscribirse en los cursos de danza clásica o contemporánea.

Una de esas niñas era Gabriela Minotas. Desde el año 2010 esta pequeña llamó rápidamente la atención en toda la universidad porque tener síndrome de Down no la inhibió para aparecer danzando, con su blusa ceñida y su falda tutú de color morado, entre otras flamantes aprendices del curso universitario de ballet. Las demás niñas, que en principio la miraban con curiosidad, terminaron por aceptar y admirar sus virtudes de bailarina.

Inspirada en Gabriela y los demás chicos Down que empezaron a aparecer en los cursos de danza, a Gloria Milena Pérez se le ocurrió que debía existir en la universidad un curso de ballet específico para personas con discapacidades cognitivas. Se lo propuso a la bailarina y profesora Beatriz Duque. Y ella pensó al instante en el psicoballet y las enseñanzas de sus maestros cubanos.

Así nació el primer curso de este tipo en la historia de la Universidad de Antioquia y la ciudad de Medellín.



Danza de la inclusión

Detrás de cada corrección, detrás de cada “endezera la espalda” o “cierra por favor la boca”, y en definitiva, detrás de todo llamado al orden de los pasos y las instrucciones del psicoballet, ocurre dentro de los chicos algo que les disciplina, que les adapta a los códigos sociales y de grupo.

La magia consiste en ayudarles a liberar su cuerpo. “Porque liberar el cuerpo es liberar la mente”, dice Beatriz Duque en tono místico. Y en ser exigentes con los aprendices, pero no al mismo nivel que los estudiantes regulares, pues el ritmo de esta población es distinto.

“Vivía en Pereira y tenía a mi hija María Paz inscrita en un curso de ballet con estudiantes regulares. Ella era siempre la última en las demostraciones porque la profesora la trataba por igual, no tenía en cuenta su diferencia”, dice la joven señora Juanita Bohórquez, y añade: “ellos deben estar en cursos regulares, como los demás niños, pero también entre sus pares porque allí se sienten más cómodos y mejor identificados”.

“Lo que busco con psicoballet es que ellos sean felices” Beatriz Duque.

Al final de la sesión, Beatriz Duque les recordó a las chicas llegar peinadas con un moño redondo en la cabeza. Así, como ella. Tal y como se peinan las bailarinas del ballet desde hace más de cuatrocientos años. Y cuando todas las clases lleguen a su fin, ella espera que esta danza psicológica logre los prodigios que sólo pueden hacerse realidad con la fina combinación de mucho amor y una pizca de arte.

“Queremos que de este curso nazca un grupo artístico de ballet” Gloria Milena Pérez.



En el grupo la presencia de los hombres es menos numérica, pero curiosamente el primer inscrito fue el joven Emilio. Con ese acto dio una madura muestra de que su estilo de vida incorpora el concepto y dominio de las masculinidades diversas.

Población e inclusión en Antioquia:

En Colombia existen unas tres millones de personas en situación de discapacidad, según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE y la Encuesta Nacional de Demografía y Salud, de Pro-familia. Representan el 6,4% de la población colombiana.

Según un informe publicado en diciembre de 2012 por la Fundación Saldarriaga Concha, se estima que en Antioquia viven unas 76.145 personas discapacitadas. Y que el municipio con menor nivel de exclusión (representada en Capital Humano, Salud y Educación) es Sabaneta, con el 36,88 %. Mientras que el municipio con mayor exclusión para esta población es Ituango, con el 87,33 %.

El informe reclama al Estado mayor cobertura en salud, educación y oportunidades para esta población, y con un 42,25 % sitúa a Antioquia entre los ocho departamentos con mayor índice de exclusión en Derecho a la Educación para la población discapacitada.

VIH-Sida:

Siguiendo el rastro en comunidades indígenas

Por primera vez, hace cinco años, una investigación en Colombia se acercó a la situación real de las personas que viven con VIH en comunidades indígenas. El trabajo de la Facultad Nacional de Salud Pública de la Universidad de Antioquia, con el apoyo de Colciencias y la Universidad de Manitoba de Canadá, nos da la posibilidad de conocer qué pasa con el peligroso virus en estas comunidades.

Cuando Luisa* estaba en quinto grado, recuerda, no podía ni tocar la mano ni comer del bolis de su prima. Ni hablarle ni prestarle sus lápices.

“A mí eso me dolía mucho, no me dejaban estar con ella porque la mamá, María, tenía el virus. La trataban como una cosa, como si fuera desechable”.

Luisa tiene 19 años, y tantas anécdotas de vida como una mujer de 30. Es indígena, y ha tenido que lidiar tan de cerca con la discriminación como con la solidaridad. Por eso, dice, se convirtió en una de las líderes de Cristianía, el resguardo indígena más grande de Antioquia.

“Por esa misma época, cuando yo estaba en quinto, empezó a notarse el desorden de las enfermedades e infecciones. A la gente la expulsaban de la comunidad y nadie hablaba sobre el tema, era un tabú, hasta que nosotros empezamos a pararnos delante de nuestros papás a explicarles con condones que el asunto era serio. En el comienzo nos trataron mal, nos dijeron pecadores, pero gracias al proyecto vieron que tenían que aprender. Cosas en la vida siempre van a pasar, pero es que si a uno no lo educan sobre cómo llevar su vida, ¿cómo va a saber actuar?”.

Epidemiología, prevención y control del VIH/Sida en Cristianía

“Cristianía fue nuestra escuela”, asegura Diana Castro, sicóloga. “Ahora podemos decir que lo que hacemos ha ayudado a la comunidad y a las personas que viven con VIH, hoy la mayoría de ellos siguen vivos y son atendidos oportunamente”, agrega Carlos Rojas, médico, docente e investigador de la Facultad de Salud pública de la Universidad de Antioquia.

Fue en el año 2005 cuando Carlos acompañó a la profesora Zayda Sierra de la Facultad de Educación en un proyecto de Cultura Saludable en Cristianía; un trabajo en equipo que buscaba identificar los principales problemas de salud de la comunidad. Y ahí estaba, un monstruo que no daba espera, la situación de las personas que viven con VIH: “La gente tenía mucho miedo y no entendían cómo se transmitía el virus. Querían saber quiénes eran los que estaban infectados y aislarlos para evitar el contagio. Ese fue el primer trabajo, explicarles los derechos de estas personas e ir desmotando mitos”, cuenta Carlos Rojas.

En esos días existía una forma muy arcaica de ver el virus, dice Mauricio Lozano, el médico que más tarde acompañaría el proyecto Epidemiología, prevención y control del VIH/Sida en una comunidad indígena: “Era como un espíritu. Era la misma historia del Rey Midas, pero invertida, en vez de convertir las cosas en oro, la gente creía que todo lo que los infectados tocaban lo «enfermaban»”.

Entonces comenzaron algunos talleres, películas y otros ejercicios que buscaban cambiar la mirada y el estereotipo de lo que era un paciente de VIH: “Fuimos trabajando el mensaje, nadie tenía ni tiene por qué morir de VIH. No es una enfermedad condenatoria. Ni las personas que viven con el virus corresponden al estereotipo de la persona maltrecha e irresponsable”, recuerda Carlos.

Después de un par de años de acciones desarticuladas, Carlos se encontró en el camino con Diana y con algunos profesores de la Universidad de Manitoba, Canadá, que también venían estudiando en su ciudad



la prevalencia de VIH en comunidades indígenas. Con este acompañamiento, a finales de 2009, presentaron el proyecto a Colciencias y consiguieron la financiación del mismo por casi dos años. A partir de ahí todo fue más concreto: “Lo primero que hicimos fue una encuesta con una muestra aleatoria de 290 personas, entre los 15 y 49 años. Con esta pudimos establecer que el 1% de la población de Cristianía tenía VIH, una cifra que pese a no ser muy alta, está por encima del promedio nacional”.

De hecho, fue la primera vez que en el país se conoció qué pasaba con el VIH en estos resguardos. La investigación y la comunidad fueron exigiéndole más al proyecto, y por eso, a través de la financiación de Colciencias, empezaron a realizar pruebas rápidas para VIH y otras infecciones de transmisión sexual, pruebas que permiten conocer los resultados en 30 minutos: “En Colombia se diagnostica muy tarde el virus, cuando la prueba se hace el paciente ya tiene sida. En Cristianía comenzamos a identificar esos casos; si eres diagnosticado cuando tienes sida, te consume, pero si logras identificar a tiempo el virus, ese paciente va a tener una perspectiva de vida diferente”, explica Carlos.

Tanto Diana como Mauricio fueron certificados por el Ministerio de Salud para hacer las pruebas. Aún hoy, a pesar de que el proyecto culminó en 2011, se hacen estas jornadas de pruebas en Cristianía. Quizás uno de los retos mayores, cuenta Mauricio, fue vincular y comprometer al Hospital de Jardín, no solo con el tema de prevención, sino, sobre todo, con el estado de los pacientes actuales: “Antes los despachaban rápido, los médicos no se querían complicar y el acceso era muy difícil. En Cristianía aprendimos que sí se puede negociar con las instituciones y que las instituciones pueden aprender”.



El Sida es la etapa más avanzada de la infección por el VIH. Sin tratamiento antirretroviral, los síntomas comienzan a aparecer entre tres y cinco años después de adquirida la infección.

A partir de ahí se realizaron diferentes estrategias de intervención con toda la comunidad, charlas en la Institución Educativa Karmata Rua y en las tiendas, programas en la emisora Chamí Stereo, y capacitaciones en las que participaron Luisa y otros líderes: aprendiendo y enseñando. Además surgieron las pausas pedagógicas: Diana y Carlos llegaban a las fincas cafeteras y, a la hora en que pesaban el café, conversaban con indígenas y campesinos de la zona sobre sus conocimientos en VIH. “La idea era hacer más cotidiano el conocimiento, que nosotros llegáramos a los habitantes de Cristianía de diferentes maneras y en su propio mundo. Donde estuvieran tres o más personas, ahí hablábamos de VIH”, concluye Diana.

Líderes Bia ‘Buma

A Nancy le cambió la vida ser líder Bia ‘Buma, tanto que decidió regresar –después de doce años– a terminar el bachillerato. Porque ser líder Bia ‘Buma le significó hablar en público, coordinar talleres, contar la experiencia: volverse indispensable.

Bia ‘Buma en emberá significa “estar bien”, y ese fue el nombre que eligieron diez líderes que el proyecto formó durante un año con el apoyo del Hospital Gabriel Peláez Montoya de Jardín. Cada uno de estos líderes hace seguimiento al proceso y a la forma de vida



Uno de los resultados más interesantes del proyecto fue la Caja de herramientas Prevención del VIH y otras ITS con comunidad indígena en Colombia. La primera edición del material está disponible en la red: <http://vihindigenas.wix.com/saludsexual>.

de al menos una de las personas que vive con VIH: “Era muy importante educar y prevenir, pero también había que hacer algo concreto por quienes ya tenían el virus. Por eso trabajamos con un grupo de jóvenes que nos permitieran generar otras acciones, y garantizar los derechos de estas personas que son muy solas y que económicamente no tienen cómo movilizarse a Medellín. Por eso ha sido también importante el compromiso del cabildo indígena”, comentan Diana y Carlos.

Entonces Nancy, por ejemplo, se encarga de una pareja; mientras Luisa hace que un tío suyo, a pesar de estar solo y ser caprichoso, asista a las citas médicas. Los líderes recibieron capacitaciones sobre prevención de VIH, primeros auxilios y charlas acerca de cómo convivir y acompañar a las personas infectadas con el virus. Porque el proyecto se plantea que un buen seguimiento lo puede hacer cualquier persona, no tiene que ser un especialista.

Por encima de todo ha estado la compañía, porque no hay nada más rico, como dice Luisa, que ser tratado con respeto: “No es que como... ya no hay discriminación, y usted va salir a meter la pata. No, es el hecho de que lo respeten como ser humano; tuvo su error, nadie es perfecto en el mundo, pero tiene quién lo acompañe”.

*Los nombres fueron cambiados por solicitud del proyecto.



En el 2000 se identificó el primer caso de VIH/Sida en Cristianía. Actualmente son seis los casos.

De proyecto a programa

Luego de Cristianía, el programa de Investigación en Prevención de VIH con comunidades indígenas llegó a la Guajira. En dos años de trabajo, los profesionales han identificado un 0,5 por ciento de prevalencia de VIH en 55 rancherías de Maicao. Con los Wayúu el proceso ha buscado valorar y aprovechar la oralidad como forma de aprendizaje, con 9 líderes bilingües formados y un diplomado con 24 miembros del personal de salud de diferentes centros médicos.

Pero el programa también tiene que ver con comunidades en riesgo. Actualmente en San Miguel, corregimiento de Sonsón, el equipo profesional realiza un proyecto similar con población minera. Este trabajo es financiado por el fondo de extensión en las regiones de la Universidad de Antioquia. Además, en Medellín desarrollan una investigación con jóvenes con experiencia de calle y tecnologías de la comunicación, un proyecto de la Universidad de Manitoba, Canadá, que tiene como propósito conocer qué tanto saben y qué tan útiles podrían ser estas herramientas en la prevención de VIH.



Por una seguridad “desde abajo”

Investigadores académicos y comunitarios del Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (OSHM) comparten un almuerzo tras la conclusión del proyecto “Iniciativas ciudadanas para mejorar la seguridad comunitaria: trabajando con comunidades vulnerables para enfrentar la violencia urbana en Medellín”.

Cortesía: Archivo OSHM.



En un pequeño salón del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, un grupo de personas promueve nuevos modelos en la construcción de las políticas públicas en seguridad de Medellín. La persona debe estar en el centro, y no el Estado.

“¡Soy investigadora comunitaria del Observatorio de Seguridad Humana de Medellín!”. Así se presenta Gisela Quintero, sin vacilaciones. Ella es investigadora y que a nadie le quede la menor duda. No hizo una carrera universitaria y el impulso como bachiller solo le alcanzó hasta el octavo grado, ¡pero es investigadora y punto! Gracias a un proyecto que le cambió la vida.

Es oriunda del municipio de Cocorná. Hace catorce años llegó a Medellín desplazada por un conflicto que asegura que no le pertenece. Rehacer su vida le tomó más de siete años. No le fue fácil acomodarse a los ritmos que le imponía una ciudad gris y hostil, especialmente para las personas venidas del campo por condiciones adversas de violencia. Tampoco lo fue criar a sus tres hijas en medio de la incertidumbre y construir su casa en un territorio invadido por otras personas como ella, en un rincón de la ciudad. Hoy todas sus luchas la han hecho una mujer más fuerte.

“Después de esos primeros años tan duros –cuenta ella-, descubrí que tenía unos derechos por los que debía luchar, así fue como comencé a ejercer mi liderazgo. Lo que nunca pensé es que terminaría investigando las situaciones de inseguridad de mi territorio, y no solo criticando, sino proponiendo alternativas de solución a esos problemas. Y eso sin necesidad de tener un cartón”.

Cada jueves en la mañana Gisela debe desplazarse desde el asentamiento Pinares de Oriente, ubicado en el cerro Pan de Azúcar, en la Comuna 8 de Medellín, hacia la Universidad de Antioquia. Allí, su voz y la de Pablo Emilio Angarita Cañas, doctor en Derechos Humanos y Desarrollo, tienen la misma resonancia. Él dirige el Grupo de Investigación Violencias y Conflictos adscrito al Instituto de Estudios Regionales (INER) que le dio vida al Observatorio en el año 2008, y ella –como ya lo aclaró-, es una de sus investigadoras comunitarias.

Cuando el profesor Pablo Angarita se encontraba desarrollando su tesis doctoral centrada en temas de seguridad, no alcanzó a imaginarse que una de las conclusiones de su trabajo –sugerir la creación de un observatorio de Seguridad Humana en el que el centro fuera la persona y no el Estado-, iba a terminar materializándose años más tarde con un componente comunitario tan fuerte.

Con una mirada tranquila que refleja el convencimiento de estar haciendo bien las cosas, el profesor Pablo recuerda que el Observatorio buscaba desde sus inicios empoderar a las comunidades y ser un instrumento de crítica hacia las políticas oficiales militaristas que violaban los derechos humanos. “Fue con la interacción con esas mismas comunidades que se ha podido fortalecer en lo teórico el enfoque de la Seguridad Humana desde abajo. El mejor ejemplo de esta bonita transformación –agrega satisfecho- es la creación de la figura de los investigadores comunitarios, que indagan en sus territorios con unas metodologías formuladas por ellos mismos y que cuentan con el acompañamiento de nuestros investigadores para producir conocimiento en temas de seguridad”.

Durfay Quintero, Julián Marín y Libardo Agudelo son también investigadores comunitarios. Al igual que Gisela, ninguno de ellos necesitó de una carrera profesional para hacer parte de “la familia del Observatorio”, como todos lo consideran. Su liderazgo les permitió indagar y visibilizar las iniciativas ciudadanas y de resistencia que implementaban sus comunidades para hacerle frente a los problemas que afectaban su seguridad. En el proceso de investigación, lo que los académicos llaman entrevistas y grupos focales, ellos lo habían denominado desde hacía mucho como “la voz de los labios” para escucharse y comprenderse. Y la sistematización de la información, que los auxiliares adelantaron con la herramienta Atlas Ti, ellos debieron hacerla de manera manual, decidiendo cómo nombrar una por una esas problemáticas que manifestaban los habitantes de sus territorios.

Los frutos del semillero

Luis Giraldo o “Lucho”, como le dicen en el Observatorio, puede decir que se graduó como politólogo de la universidad después de haberse desempeñado en uno de los trabajos más gratificantes: acompañar en su proceso de indagación a los investigadores comunitarios. Él, quizás con los cuestionamientos que se afianzan en la juventud y con la consciencia de que la universidad debe generar una transformación en la sociedad, está en desacuerdo con las prácticas académicas que solo avalan la objetividad como método para acercarse al conocimiento.

“Por eso disfruté tanto mi participación en el proyecto –afirma él-, porque para mucha gente de acá, de la misma universidad, un investigador comunitario no merece ser llamado investigador, porque en muchos casos no es profesional ni existe en el CV Lac de Ciencias. Lo que más me gusta es que el Observatorio está rebatiendo ese montón de parámetros que han mantenido tan aislada a la universidad de las comunidades. Por ejemplo, los investigadores comunitarios determinaron que ellos no estaban haciendo trabajo de campo sino interacciones comunitarias, porque eran sus mismos territorios los que estaban explorando, propiciando así un diálogo de saberes”.

La conexión de “Lucho” y de muchos otros estudiantes de distintas disciplinas con los temas de la Seguridad Humana desde abajo, ha sido posible gracias a la existencia del Semillero de Investigación del Observatorio, un proyecto que en principio no fue concebido, pero que se ha convertido desde el año 2011 en una de sus mayores fortalezas.

El Semillero cuenta con tres líneas de trabajo, que son a su vez los campos de estudio que determinó el Observatorio para acercarse a la problemática de la Seguridad Humana en Medellín: hechos y situaciones de inseguridad, políticas públicas e iniciativas comunitarias.

Carolina Sánchez es la monitora del Semillero y coordina además la línea de políticas públicas. Fue una de sus primeras integrantes, quizás por eso, y por el compromiso que ha demostrado, fue elegida por sus compañeros. Es una mujer que refleja pasión y decisión, llegó como estudiante de Ciencia Política y hoy es una profesional que investiga para el Observatorio.

“Siempre que nosotros hablamos del Observatorio –comenta convencida Carolina-, es fundamental mencionar al Semillero porque propicia una relación muy bonita de diálogo y formación entre los mismos participantes, en torno a un asunto tan esencial como es la Seguridad Humana. El semillero es un espacio que los estudiantes no tenemos durante la carrera, es como el niño consentido del Observatorio, ahí están sus futuros investigadores”.

Hasta el 2013 Heidy Cristina Gómez, una socióloga que le ha entregado todos sus conocimientos al Observatorio, fue la encargada de dirigirlo. Hoy, siguiendo la convicción de la importancia de mantener relaciones horizontales, la dirección del grupo es colegiada, y la idea de sus integrantes es seguir adelante, aunque algunas de sus propuestas, reconocen, hayan sido calificadas como “utópicas”.

El concepto de Seguridad Humana que promueve el OSHM tiene su base en la definición construida por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): “si el desarrollo humano consiste en un proceso de ampliación de la gama de opciones y capacidades de las personas, la seguridad humana consiste en que las personas puedan ejercer tales opciones de forma libre y segura, con una relativa confianza en que las oportunidades de hoy no desaparezcan mañana”. La Seguridad Humana abarca siete dimensiones: personal, comunitaria, económica, en salud, alimentaria, ambiental y política. Después de una lectura del contexto local, el OSHM adicionó la dimensión de la seguridad para las mujeres.

Manolo rompe su secreto



“El secreto de Manolo” es una obra teatral de prodigios. Pone de actores a jóvenes que no son actores y emplea títeres para enfrentar y prevenir sobre un tema que es tabú desde hace mucho tiempo: el abuso sexual a la niñez.

Manolo es un niño de trapo, malhumorado y triste que no quiere jugar con sus amigos.

¿Qué es lo que te ocurre, Manolo? Ellos le preguntan.

–¡Deja de averiguar chismes, sapo ojibrotado!

Levanta su voz brusca contra el verde Elías.

Es sábado 26 de abril, cerca del medio día, y una multitud de doscientos niños, sus padres y parientes, miran a Manolo y se quedan callados. También quieren comprender el significado de su silencio. Entonces aparece el Hada de los secretos, envuelta en azul y con alas de mariposa. Les cuenta la historia de aquella comunidad internada en lo más profundo del bosque, llamada Quilimanché.

Terminada la función, niños de carne y hueso fueron los reyes del escenario. No querían despegarse del micrófono para explicarle a la multitud todo lo que habían aprendido.



El Departamento de Extensión Cultural presenta:

El Secreto de Manolo

Obra de títeres que contribuye a la prevención del abuso sexual de niñas y niños



IDEA ORIGINAL: Patricia Gallego
GUIÓN: Silvia Alvarez
DIRECCIÓN ARTÍSTICA: Gloria María Rodríguez Morales
GRUPO DE ACTORES: Programa Guía Cultural

Fecha:

Hora:

Lugar:



Una cola mágica

Allí vivía un grupo de micos, de hocico grande y orejas de tazón. La cola era el atributo físico más valorado entre los miembros de esa comunidad, y el más consentido entre las familias. Nadie podía tocarla. “Si alguien distinto a tu madre y a ti la toca, perderá su encanto”, le explicaba la mamá a Caluco, un niño que quería ser el rey de aquel mundo.

Caluco jugaba y era feliz, aplicando siempre los consejos de su madre. Hasta que llegó su tío Pao y lo echó todo a perder. “Eso lo inventaron los viejos porque no tenían nada que hacer. Si quieres toco tu cola y verás que nada pasa”, le dijo a Caluco.

El pequeño mico no creyó en sus palabras. Y aún así, el atrevido tío manoseó su cola y desde entonces Caluco se entristeció. Deprimido se acostó a dormir cuando aún era de día. Y en la tarde tuvo que llegar su madre a poner las cosas en su lugar.

–Caluco, tu cola está opaca, fría. ¿Quién te la tocó?

–Nadie.

–¿Sabes lo que es la responsabilidad? Dime quién te la tocó.

–Me da pena decirlo.

–Dímelo. No debes cargar con la responsabilidad de otro.



–Fue mi tío Pao.

–¿Mi propio hermano?

–Ya no podré ser rey –se quejó Caluco.

–Sí podrás serlo, porque fuiste responsable y no te quedaste callado. Y tu tío será expulsado fuera de aquí

–Fueron balsámicas las palabras de su madre.

Con esta historia el Hada de los secretos terminó diciéndole a Manolo, el niño de trapo: “¿Entiendes lo que quiero decirte? No debes seguir guardando ese secreto que te hace tanto daño. No es tu responsabilidad. ¿Entiendes?”.

Manolo comprendió. Y allí, en ese instante fue roto, desde entonces y para siempre, un oscuro secreto.

El salto de la psicóloga

El público aplaudió. De repente saltó al escenario una mujer adulta, llamada Sol Méndez. Ella era la psicóloga. Y tomó el micrófono para preguntar:

–¿Sí entendieron la obra?

–Síiiii –se escuchó un coro multitudinario.

–A ver, me gustaría que algunos niños y niñas subieran aquí y me dijeran qué fue lo que entendieron.

Una pequeña rubia de unos cuatro años de edad, salió entre los primeros:

–Yo aprendí que no debemos tocar el cuerpo de nuestros amigos. Y que debemos ser responsables –lo dijo con una delgada y a la vez estruendosa voz infantil que retumbó por todo el teatro.

–¡Muy bien! –Sol Méndez la animó y el resto del público aplaudió de nuevo.

Otros niños tomaron el micrófono y dijeron cosas similares. El público no salía del asombro por lo atinadas que eran las intervenciones de los pequeños. Sol también anunció la entrega de una cartilla para colorear y con mensajes sobre el cuidado del cuerpo. “Detrás de la cartilla –aseguró ella- podrán encontrar la ruta de atención en caso de abuso sexual a niños, niñas, adolescentes y adultos”.

Para entonces ya algunos niños habían escapado de las manos de sus familiares y en tropel se habían apoderado de la tarima. Intentaban saludar y darle la mano a Manolo, el único títere del conjunto que tenía manos de ser humano.

Fue una espontánea e infantil arremetida. Un grupo de jóvenes guías culturales, vestidos con sus camisetitas verde-limón, y que estaban escondidos anónimamente detrás del teatrino, se esforzaron en sostener el telón oscuro, salpicado de flores anaranjadas: por nada del mundo podía caer al piso y acabarse de un golpe la ilusión de que los títeres tenían vida propia.

Títeres contra el abuso infantil

El Secreto de Manolo es una divertida y sobrecogedora obra teatral protagonizada por títeres. Tiene la gracia de los trapos de colores a los que se les ha dado formas de peluches infantiles, con bocas, ojos y brazos. Muñecos con personalidad y ademanes propios, animados para representar los dramas de los seres humanos. Pero el mayor mérito de esta obra radica en el calculado atrevimiento de representar un tema difícil en las sociedades: el abuso sexual hacia la niñez

“Es un tema difícil, sí. Y nosotros buscamos no caer en la extravagancia y lograr que el niño pequeño lo entienda. Nuestra obra es de prevención”, comenta una mujer delgada, latina y de ojos vivaces, como electrizada por relámpagos de creatividad. Una mujer llamada Silvia.

Su nombre completo es Silvia Janeth Álvarez Ortiz. Ella lleva 11 años como empleada de la Universidad de Antioquia. Tiene a su cargo una comitiva de 48 jóvenes que acompañan las visitas guiadas de estudiantes nuevos y grupos de personas que quieren conocer la universidad. Es la directora del programa Guías Culturales.

“Guiamos a todo tipo de público. Desde niños hasta personas de 60 años –explica Silvia-. Tenemos la Ruta del Arte, la Ruta de la Historia, de los Murales, la Ruta Ancestral e incluso una ruta para las personas en situación de discapacidad”.

Entre el intrincado conjunto de sus ocupaciones, Silvia nunca ha dejado enmohecer por el olvido el viejo gusto que siente por la dramaturgia. *El Secreto de Manolo* es una creación conjunta entre ella y su amiga Patricia Gallego, quien tuvo la idea original. Silvia aportó la adaptación y dramaturgia de esta obra que se ha presentado desde 1997, cuando ella trabajaba como directora de cultura de Apartadó, municipio de la región de Urabá.

“Los títeres siempre han acompañado mi vida. Tenía mi propio grupo de títeres y en Urabá encontré que había mucho abuso sexual a raíz de la presencia de los grupos armados”, recuerda Silvia.

Silvia no pierde ocasión para instalar de nuevo el teatrino y rejuvenecer a sus viejos personajes. Desde el 2010 ha financiado su obra mediante el Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión, Buppe, de la Universidad de Antioquia. “En 2012 llevamos la obra a quince instituciones educativas de las comunas 1 Popular, 2 Santa Cruz, y 3 Manrique, porque en esas zonas se había identificado mucho abuso sexual infantil”, dice Vanessa Garcés, una joven que era guía en aquel entonces.

Un tema tabú

“Hace tiempos escuché de esta obra, pero no había podido verla. Me parece muy importante el tema que trata y la manera en que lo hace (con colores y animalitos, como una fábula), porque crea conciencia en los niños sobre el abuso sexual y cómo deben actuar para prevenirlo”, dice Alejandro Cano, un joven que en la presentación estuvo acompañado de Juan José, su sobrino de dos años de edad.

Gladis Álvarez, secretaria académica de un colegio de 500 estudiantes llamado Granjas Infantiles y ubicado en el municipio de Copacabana, fue a ver el espectáculo con su sobrino de un añito de edad, llamado Miguel, y su madre Ana Lucía. “Esta no es una obra sólo para niños porque los grandes también la disfrutamos. El abuso sexual en los niños ha sido un tema tabú, un mito. Quizá en parte porque la mayoría de las veces los abusadores están dentro de las mismas familias. Afortunadamente se ha ido venciendo el temor y ya es hora de empezar a ver este tipo de obras”.

Con manos y voces de estudiantes

Silvia también se enorgullece por poner a manipular títeres a jóvenes universitarios de carreras tan distintas como el derecho, la educación, la medicina o las ingenierías. Es decir, jóvenes alejados de las artes teatrales. En ellos también se despierta interés sobre el abuso sexual en menores.

Jhorman Alexis Jiménez, quien actuó como el perverso Tío Pao, en su vida real es un estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales y Humanidades. Él quiere conservar en su mente el secreto de trabajar con títeres para replicarlo cuando sea profesor.

Y despojada de sus alas azules de Hada de los Secretos con que aparece en las tablas, Andrea Arboleda Yarcvuelve a ser una estudiante de periodismo en mitad de su carrera, vestida con jeans, suéter gris de invierno y carasin maquillaje. “Vemos que los niños se divierten, y eso nos gusta. Pero lo mejor es que prestamos un servicio de prevención y sabemos que este mensaje no se les olvidará. Y a nosotros tampoco”.

Para reforzar sus intenciones, la obra ahora se acompaña de un taller guiado por un profesional en psicología y una cartilla para niños con mensajes de auto cuidado el cuerpo. Ambos se aplican después de la función.

La idea original de “El secreto de Manolo” es de Patricia Gallego. Silvia Álvarez aportó el guión, y en 2014 las presentaciones estuvieron dirigidas por Gloria María Rodríguez.

Cada 14 minutos es abusado un niño o niña en Colombia, y solo entre el 5 y el 10 por ciento de los casos es denunciado, según informe de la Policía Nacional del año 2013.



Esta es una obra para compartir en familia



En busca de la felicidad

Bajo el lema “Por una región emprendedora que crece desde su potencial humano”, el programa Destapa Futuro en tu Región apoya a los emprendedores del Bajo Cauca y el sur de Córdoba para hacer realidad su sueño de tener una empresa productiva y exitosa.

Un hueco era hecho en la tierra con un palo de dos metros de longitud. En él se ponía un puñadito de arroz, y en 120 días el agricultor recogía sus frutos. Así sembraban los ancestros este cereal: a chuzo. Lo hacían con la única finalidad de tener el sustento para sus familias. Sin embargo, tanto la forma como el fin han cambiado.

La agricultura es una de las principales actividades económicas de Antioquia. Miguel Antonio Espejo creció en Caucasia en medio de los cultivos. Mientras él llevaba a su padre las semillas, la comida y el agua, aprendía todo lo relacionado con la siembra de este producto.

“Nosotros somos agricultores, todo el tiempo lo hemos sido. Antes, cada agricultor trabajaba su cultivo de manera tradicional y obtenía poca utilidad. Era necesario agruparnos y entrar en la era de la modernización con la siembra mecanizada que nos permitiría tener una buena producción y no correr tanto riesgo de pérdida de la inversión”, narra Miguel Antonio.

Así nació el Grupo Asociativo de Cultivadores de Arroz, Gracultarr. Ahora son 30 agricultores de Caucasia que comparten los mismos sueños, el mismo norte y la misma responsabilidad: capacitarse para hacer de la asociación una empresa rentable que aporte al desarrollo económico regional. Querían sembrar su futuro, y la alianza entre la Universidad de Antioquia, la USAID y la Fundación Bavaria, les brindó esa posibilidad.

Destapa Futuro en tu Región es un proyecto que busca aportar a la creación y consolidación de una estrategia de emprendimiento para el Bajo Cauca antioqueño y el sur de Córdoba, a través de actividades de sensibilización, capacitación, oferta de capital semilla y asesoría empresarial a los emprendedores que se establezcan en estos territorios.

El proyecto opera en seis municipios del Bajo Cauca: El Bagre, Caucasia, Nechí, Tarazá, Cáceres y Zaragoza; y cuatro municipios del sur de Córdoba: Valencia, Tierralta, Planeta Rica y Pueblo Nuevo. Dos regiones escogidas por su contexto similar.

“Muchos de sus habitantes están pasando por un proceso de restitución de tierras y están siendo acompañados por entidades cooperantes que buscan que las personas vuelvan a sus tierras y a la actividad agrícola. Encontramos entonces muchos hombres y mujeres que se dedicaban a la minería o a cultivar arroz, yuca, plátano y caucho; la idea era agruparlas y comenzar a trabajar con ellas”, cuenta Cristina Mazo quien coordinó el proyecto.

Para empezar era necesario saber cuáles entidades de la región promovían el emprendimiento. A las 35 instituciones identificadas se les ofreció el curso de Formación de Gestores en Emprendimiento, para que las personas que participaran, viajaran a su región de origen con la información aprendida, y tuvieran la capacidad de acompañar las iniciativas emprendedoras de su municipio.

Participaron 38 gestores, representantes de 22 instituciones de los municipios de Cáceres, Caucasia, El Bagre, Tarazá, Zaragoza, Montería, Planeta Rica, Pueblo Nuevo, Tierralta y Valencia.

Como la idea era dejar capacidad instalada, crearon un Nodo de la Unidad Emprendimiento Empresarial de la Universidad de Antioquia que sirviera como punto de consulta para todos los habitantes que quieran desarrollar un proyecto o tengan dudas sobre cómo crear o fortalecer una empresa.

El proyecto ejecuta actividades de sensibilización, capacitación, oferta de capital semilla y asesoría empresarial a los emprendedores que se establezcan en estas subregiones. 1.314 personas participaron en las actividades de educación y cultura desarrolladas en el marco de Destapa Futuro en tu Región.



La graduación

Solo sonrisas había en los rostros de los 259 emprendedores de Bajo Cauca y del sur de Córdoba. Era un día de celebración. Todo estaba listo para ese gran momento: el lugar, el sonido, el vestido, los tacones, los zapatos lustrados, la cámara fotográfica y la familia. Felices y orgullosos, así se sentían ellos al recibir el certificado de la Universidad de Antioquia.

Los cursos de Formación de Emprendedores se dictaron en Caucasia, donde participaron 91 personas, en Tierralta iniciaron el curso 80 emprendedores y 88 en Planeta Rica. Cristina Mazo afirma que la relevancia de esta formación, radica en que las personas que participaron aprendieron y afianzaron los conocimientos.

“Era importante para que ellos desarrollaran todas sus capacidades y supieran cómo se hace un proyecto de emprendimiento, cómo se fortalece y cómo pueden ellos empezar a juntar elementos para realizar un modelo de negocio y participar por capital semilla en el concurso Destapa Futuro en tu Región”.

Mientras bailaban y escuchaban al conjunto vallenato, que fue llevado por unos emprendedores a la certificación de Tierralta para mostrar cómo suena su región, recordaban esas 64 horas, en las que el calor los ahogaba por la cantidad de personas que llenaron los auditorios.

“La acogida fue excelente, había gente en las ventanas y en las puertas. Les interesaba la formación. Había una motivación y una necesidad de hablar de emprendimiento”, cuenta Cristina Mazo.

El compromiso con las jornadas de trabajo fue el insumo para lograr la certificación. Rafael Flórez Barrera es un emprendedor de Pueblo Nuevo que se muestra orgulloso con este logro, “estoy seguro de que esta certificación abrirá muchas puertas para mi familia, mi empresa y mi pueblo, porque vamos a multiplicar el conocimiento y generar empleo con lo que aprendimos acá”.

En los espacios, tertulias y campamentos empresariales; cátedras sectoriales; sensibilizaciones y charlas informativas en los 10 municipios, fueron beneficiadas 1.055 personas. Se formaron 38 gestores y 254 emprendedores de los municipios beneficiarios.

Los nuevos emprendedores realizaron muestras artísticas y culturales de sus productos y compartieron sus iniciativas en una jornada llena de alegría. En medio de las artesanías hechas con totumo y al son del acordeón, brindaron con la degustación de vino de corozo por ese nuevo logro para ellos y la región, que demostraba que después de la cosecha vienen los frutos.



El día de la certificación en el municipio de Tierralta los emprendedores realizaron una muestra artística y cultural de los productos que hacen parte de las ideas de negocio que estructuraron y fortalecieron en el transcurso de los cursos de Formación.

El concurso

Miguel Bula es de Planeta Rica y viajó a Cauca para estudiar Ingeniería Ambiental en la Universidad de Antioquia. Allí conoció a César Peña, ingeniero agrónomo, y a Julia Susana, tecnóloga en Administración de Empresas. Los tres venían trabajando desde dos años atrás en una idea de negocio: diseño, implementación y venta de sistemas de riego.

Cuando vieron la convocatoria para el concurso Destapa Futuro en tu Región no dudaron en inscribir su proyecto, “esta es la posibilidad para legalizar y constituir nuestra empresa”, se dijeron. Con ellos se presentaron otras 620 propuestas en tres categorías: unidades económicas como plataforma de desarrollo, instalación empresarial para el desarrollo sectorial, y producción, transformación y comercialización del potencial agroindustrial regional.

Sólo se preseleccionaron 60 propuestas para pasar a la fase de sustentación. Entre ellas, la de Miguel Bula y sus dos socios. Se realizaron 964 asesorías en los 10 municipios beneficiarios para el fortalecimiento del modelo de negocios. Fueron cuatro jueces, un observador, diez minutos para la exposición y diez minutos para preguntas.

Bula estaba en clase de Hidrología cuando en la bandeja de entrada de su correo electrónico estaba la notificación de que su propuesta y otras 20 habían sido las ganadoras del Concurso y del capital semilla que aprobó el monto de hasta 1.000 millones de pesos.

Actualmente se llevan a cabo los trámites para el primer desembolso de capital semilla. “Los emprendedores recibirán materiales, equipos y maquinaria para el fortalecimiento de sus unidades productivas. Adicional a esto, reciben formación para el fortalecimiento empresarial a través de encuentros grupales y asesorías particulares que les permita mejorar sus condiciones productivas y administrativas”, explica Ana María Henao, coordinadora de Emprendimiento en Regiones de la Universidad de Antioquia.

A raíz de este entrenamiento, los emprendedores se motivaron a gestionar, con otras entidades de la región, recursos adicionales para sus empresas y así desarrollar sus capacidades para la sostenibilidad. Es el caso de Gloria Luz Fernández, apicultura emprendedora del municipio de Tierralta, quien logró comprometer recursos de la administración municipal para fortalecer su unidad en producción y comercialización de miel.



Los emprendedores de Cauca que asistieron a los cursos de formación, tienen en sus manos el certificado otorgado por la Universidad de Antioquia.

Las cinco propuestas seleccionadas en este municipio esperan la vinculación de la administración municipal. Ana María Henao resalta que “también otras entidades como las alcaldías de Cauca, Cáceres, El Bague y Mineros S.A., entre otros, han manifestado su interés de vincularse”.

Los emprendedores han propuesto la conformación de una red de empresarios que les permita consolidar el trabajo conjunto que realizan en el marco del proyecto. Miguel Bula está feliz: “Ahora soy empresario”.

Generar capital relacional para sumar recursos y apoyar las propuestas emprendedoras de los habitantes del Bajo Cauca y el sur de Córdoba, esa es la apuesta de la Unidad de Emprendimiento Empresarial del Programa Gestión Tecnológica, la Dirección de Regionalización y la Seccional Bajo Cauca de la Universidad de Antioquia, USAID y la Fundación Bavaria.



Cuenta La 13: Misión cumplida

Esta iniciativa que promueve la libertad de expresión en la comuna 13, sembró la semilla narrativa por medio del trabajo de un grupo de periodistas con apoyo de los programas de extensión de la Universidad de Antioquia. Las historias ahora son contadas por los mismos habitantes, en diferentes formatos periodísticos.

Ya es la 1:00 de la tarde y Luis Alfonso Mosquera Guisao se apresura para iniciar el programa de radio. La silla le queda grande pero a él no parece incomodarle. Al contrario, se sienta al frente de la consola de sonido e inicia un ritual en el que mueve algunos de los más de 60 botones del aparato. Hace señas y regaña a los participantes del programa de radio para que acerquen, sin miedo, sus bocas a los micrófonos.

-¡Liseth haga pues la pregunta!- dice Luis, en medio de una gran cantidad de susurros y de cabezas que tratan de alejarse de los micrófonos.

-¿Dónde está la hoja?- responde la pequeña, mientras hace una señal de calma y tranquilidad a su interlocutor.

Luis se lleva la mano a la cabeza y la levanta de nuevo cuando nota que lo que está diciendo Anderson no se escucha muy bien.

Darwin permanece inmutable y conmina a Luis a que abra una ventana en Internet en el computador. El movimiento de la hoja tamaño oficio que funge como guión, es frenético.

Días antes Luis, con simpleza, había advertido que en dos clases aprendió a manejar el control. Antes de continuar quizá debimos advertir a los lectores unas líneas arriba que Mosquera solo tiene 13 años y que ya es reconocido en el barrio Las Independencias III, de la Comuna 13 por su habilidad para sacar adelante el programa de radio Cuenta La 13, que se emite los sábados a la 1:00 p.m., en la plataforma www.morada.co.

Anderson Palacio tiene 15 años. Inició su proceso en el semillero cuando tenía 11. En su caso decidió que para narrar las historias aprovecharía los recursos audiovisuales. Entre algunos de sus logros habla del viaje de 2013 a Cali para mostrar un producto audiovisual de memoria histórica.

Historias de vida

Como es la víspera del Día de la Madre, los cuatro niños y dos adultos que están en cabina inician con sendos mensajes a sus respectivas progenitoras. Con ellos está Socorro Mosquera. Una de esas morenas imponentes a pesar de su mediana altura. Sus brazos fuertes, nalgas prominentes y una mirada que mezcla bondad, picardía y tristeza, le entregan un aire de liderazgo.

Ella mira de reojo un par de quemaduras que tiene en sus manos y con un tono de voz un poco más solemne que de costumbre, extiende su mensaje a todas las mujeres, en especial a las de la Comuna 13 y a la Asociación de Madres de las Independencias - AMI, de la que es representante legal desde hace 18 años.

El programa se ha convertido durante los últimos dos años en una catarsis colectiva en la que se expresan necesidades, se habla de la muerte y de los sentimientos que emanan de un grupo de personas que aún viven los rigores del conflicto, en palabras de Socorro, "con más crudeza hoy que en el pasado".

En repetidas ocasiones al hablar de las habilidades de sus pequeños, Socorro Mosquera explica que el proyecto, que cuenta con el sitio web www.cuentala13.org y con el mencionado programa de radio, es posible gracias a la Asociación de Periodistas de la Universidad de Antioquia.

Libertad de Expresión

AMI es un grupo de jóvenes, niños y mujeres que quisieron conformarse como un factor de resistencia pacífica y cultural al conflicto armado en el territorio donde viven.

“Llegaban hombres que nos reclamaban porque sus esposas volvían a los hogares pidiendo que las trataran con respeto e igualdad. Es decir, nos les metimos al rancho. Aunque más adelante hasta muchos de ellos tuvieron que acudir a nosotras para recibir ayuda a sus problemas”, continúa Socorro.

Bajo el lema escuchar, pensar, pedir la palabra y hablar, este grupo de mujeres siguió adelante aun con situaciones externas tan adversas como la Operación Orión de 2002. Fueron víctimas de esa intervención estatal que, bajo el escudo de sacar la insurgencia de la comuna, generó muchos cuestionamientos para defensores de derechos ciudadanos.

“AMI es víctima de este proceso porque incluso una de nuestras compañeras murió mientras se desarrollaba todo esto”, asegura Socorro.

Luego vuelve a retomar lo positivo. Habla de que en ocasiones son cerca de 25 las personas que intentan entrar en la cabina para dejar sentadas sus historias y sus posiciones en el programa de radio. Habla de los dos premios de Periodismo Comunitario que se ganaron y que les entregó la Universidad de Antioquia y la Alcaldía de Medellín en 2012.

En algunos programas de radio intentan entrar a la cabina hasta 25 personas.



Con solo 13 años Luis Mosquera se convirtió en el timonel de la consola en Cuenta La 13 radio.

Una semilla que ya da frutos

El programa de radio sigue su curso y Luis está un poco más tranquilo. Acaba de ponerla tercera canción: *I will always love you*, de Whitney Houston. Mientras tanto el otro adulto que se encuentra en la pequeña cabina le pregunta a Socorro más detalles sobre el nacimiento del proyecto Cuenta La 13.

Ella se acomoda un poco su gorro tejido de color morado y se aleja del micrófono para hablar de Katalina Vásquez, quien con un grupo de periodistas de la Universidad de Antioquia consiguió recursos del Banco Universitario de Proyectos de Extensión, BUPPE, para iniciar en 2010 el proyecto Narrativas Digitales para la Inclusión y la Memoria en Territorios de Conflicto Armado.

Relata cómo este grupo de profesionales la llevaron a ella, a sus chicas y a sus muchachos, a contar historias en texto, fotografías, audios y hasta mediante *performances* y otras expresiones estéticas.

Recuerda los aportes de Sergio González en su labor de fotografía, a Sara Gómez, a Jorge Montoya, a Néstor Sánchez, a Robinson Úsuga, en esa labor de enseñar a narrar. “Al principio” – dice– “estuve reacia porque hasta ese momento los periodistas me parecían de poco fiar”. Reconoce que vio diferencias y por eso se dejó llevar por esos talleres que han hecho posible que hoy ellos tengan la capacidad de dirigir sus medios y sus redes sociales.

Al final esta líder concluye que la labor que debería ser responsabilidad del Estado fue cumplida por este grupo de profesionales en un 200 por ciento.



En Cuenta la 13 los adolescente mandan la parada



Memoria y víctimas

Katalina Vásquez, como quien suelta un niño que ya aprendió a caminar por sí solo, ya no está presente en cabina. Ella también recuerda que el proceso arrancó en 2005 cuando se embarcó con su profesora de periodismo Patricia Nieto en la búsqueda de historias sobre desplazamiento de adultos mayores y víctimas de minas antipersonal.

“Hacíamos talleres con víctimas, que se convertían en muchos casos en insumos para publicaciones. Pero quise que la metodología de Cuenta La 13 fuera al revés. Es decir, que los productos como los talleres, la web y el programa de radio, sean la excusa para mantener a las personas en el proyecto, para que se congreguen, para ponerlos a soñar”, dice Katalina.

Otro de los cambios propuestos fue amarrar todo a un territorio en conflicto, no como en los procesos anteriores en los que las víctimas encontraban su identidad por medio de su situación.

“Queríamos que los resultados continuaran, al igual que los procesos de libertad de expresión. Que no fuera el fin, sino el principio de un proyecto”.

Katalina tiene claro que gran parte del éxito de Cuenta La 13 se cimenta en la fuerza y resistencia de una asociación como AMI, y para Socorro es trascendental el trabajo desarrollado por este grupo de extensión de la U. de A., que dejó la semilla sembrada y hoy ve cómo germina y sigue adelante.

Más allá de que se regó el agua de un vaso en la cabina, el programa termina sin mayores sobresaltos. Todos se tranquilizan y se disponen a hablar con tonos cada vez más elevados. Ese momento que los motiva, finaliza por esta semana.

Al ver a Luis Alfonso al frente de la consola, a los demás pequeños y a Socorro tratando de expresarse, es fácil pensar que Cuenta La 13 es una misión cumplida.

Cuenta La 13 es la excusa para mantener a las personas en el proyecto, para que se congreguen, para ponerlos a soñar.



Katalina Vásquez inició este proceso que vinculó a profesionales de la Asociación de Periodistas de la Universidad de Antioquia.

El proyecto arrancó con 19 millones de pesos, recursos gestionados con el Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión, BUPPE.



Aparte de aprender el manejo de las herramientas y estrategias narrativas para contar historias, los muchachos también han estimulado el trabajo en equipo.

Jardín: Territorio verdeazulado

La Fundación ProAves contó con el apoyo de la Universidad de Antioquia en la lucha por proteger y conservar los bosques alto-andinos, el agua y las especies, a través de dos estrategias: la campaña del orgullo y la implementación de los Acuerdos Recíprocos por Agua, ARAS.

El cielo está en cualquier lugar, pero en Jardín está más cerca de la tierra. Al otro lado de la ventana del bus, cuando faltan unos cuantos kilómetros para llegar a este municipio de Antioquia, se observa cómo el verde de las montañas se tiñe de una blanca y espesa neblina: parece un colchón de nubes, ideal para el cansancio del viaje.

En medio de Andes, Jericó, Támesis y el sur del departamento de Caldas, aparece Jardín. Un prisma de colores se deja entrever. Son sillas, mesas, fachadas, fondas y rosas azules, amarillas, verdes, rojas... Es el Parque del Libertador que llega a mis ojos con todos sus matices.

Tic, tic, tic. En los cristales de las casas agonizan, mansas y serenas, las primeras gotas de lluvia. El agua de los ríos San Juan, Claro y Dojurgo se evapora en los días de sol, formando nubes que se trasladan a las partes altas de las montañas y caen en forma de lluvia sobre el municipio y sus bosques.

Su exuberante vegetación, la abundancia de ríos y quebradas y su topografía montañosa caracterizan a Jardín. En el bosque alto andino se encuentra la microcuenca La Herrera: principal abastecedor de agua que surte la planta de tratamiento del acueducto del municipio. Las familias que allí habitan, desarrollan diferentes actividades de ganadería y agricultura que pueden afectar estos recursos naturales.

“Conservación de los bosques alto-andinos y sus cuencas hidrográficas: La Mendoza y Quebrada Bonita del municipio de Jardín - Antioquia mediante la implementación de las estrategias de Acuerdos Recíprocos por Agua ARA y la campaña del orgullo”, es un proyecto que busca reconocer y conservar ese gran patrimonio natural del municipio.

Cuenta con el apoyo de la Administración Municipal de Jardín, Ingeniería total, CORANTIOQUIA, la mesa ambiental y la Fundación ProAves.

Fue aprobado por la Universidad de Antioquia a través de la Vicerrectoría de Extensión y la Dirección de Regionalización, en la octava convocatoria para la presentación de proyectos de extensión en las regiones.

Johana Villa Díaz, coordinadora del proyecto, dice que este “permite vincular actores sociales y aunar esfuerzos para la conservación de los recursos ambientales, reduciendo las amenazas en la cuenca alta de Quebrada Bonita y La Mendoza”. Johana es licenciada en Educación Básica con énfasis en Ciencias Naturales y Educación ambiental, egresada de la Universidad de Antioquia, Seccional Suroeste.

“Si futuro quieres tener, los bosques y el agua debes proteger”

La campaña del orgullo busca enseñar a los usuarios de la zona urbana de Jardín –cuenca baja– sobre el cuidado y protección de los bosques alto-andinos y los servicios ambientales que éstos ofrecen.

Es una estrategia que implementa la metodología de mercadotecnia social. “Es tratar de vender algo. Es mostrarle a la gente por qué se tiene que sentir orgullosa de nuestros recursos naturales y por qué hay que cuidarlos y conservarlos”, explica Ana Cristina Velásquez, educadora ambiental de ProAves.



Para promover el sentido de pertenencia por la conservación del patrimonio natural, se realizaron diferentes actividades en los barrios que integran el casco urbano (7.209 personas), en la vereda Quebrada Bonita (423 personas) y, en la vereda La Herrera (360 personas). Algunas de ellas fueron: cinco stands en los que se entregó información a una población constituida por 2.235 personas, 42 talleres informativos y socializaciones que contaron con la asistencia 1.223 personas, capacitaciones a propietarios de bosques y cuencas hidrográficas, programas radiales y televisivos, encuentros comunitarios en las veredas y la zona urbana, caminatas ecológicas, concursos, entre otras.

“Gracias a la Universidad de Antioquia se logró realizar a totalidad la campaña en el 2013. Con los recursos otorgados se adquirió todo el material educativo y divulgativo. Y el apoyo de sus medios de comunicación permitieron una mayor difusión del proyecto”, afirma la Educadora Ambiental.



En los diferentes eventos realizados en el marco del proyecto, los habitantes del municipio han comenzado a realizar sus primeros aportes voluntarios por el Fondo del Agua.

El concurso

La invitación: crear un logo, un eslogan y una canción que representaran al municipio. La pregunta: ¿Qué los hace sentir orgullosos de Jardín? La tarea: plasmar sus ideas involucrando el mensaje de la conservación.

Tres estudiantes de la Institución Educativa de Desarrollo Rural Miguel Valencia hicieron la tarea y ganaron. Las letras azules del eslogan “si futuro quieres tener, los bosques y el agua debes proteger”, contrastan con el verde de la palma de cera, el loro orejiamarillo, las montañas y otros elementos que conforman el logo ganador.

“Ensamblando verdades”, un grupo de cuatro estudiantes de la Institución Educativa San Antonio, fue el ganador con la canción titulada “Si Futuro quieres tener”. En este concurso participó un total de 33 personas.

Actualmente el logo y el slogan se encuentran ya impresos en los diferentes materiales divulgativos y la canción fue grabada profesionalmente gracias al apoyo de la Universidad de Antioquia.

ARAS

Algunas personas le dicen loco. Otras lo tachan de raro y unos cuantos lo llaman enfermo. ¿La razón? Su forma de actuar. José Humberto Jaramillo, en su finca “La Nevera” y en las de su familia, ha venido realizando actividades que son muy diferentes a las que normalmente se desarrollan. Él conserva.

Sus acciones de conservación consisten, básicamente, en el aislamiento y siembra de especies nativas sobre las márgenes de la quebrada La Herrera, el establecimiento de especies maderables como eucalipto en áreas de potreros, entre otros.

“La Nevera” es, además, una servidumbre ecológica y está registrada ante el Ministerio de Medio Ambiente como reserva de la sociedad. “La conservación es una forma de pagar y contrarrestar el daño que todos los días le hacemos a la naturaleza”, expresa José Humberto.

El apoyo que necesitaba lo encontró en la segunda parte del proyecto: los Acuerdos Recíprocos por Agua –ARA–, un modelo de pagos por servicios ambientales reglamentados en la Ley 99 de 1993, y modificaciones de la Ley 1151 de 2007.

“Los ARAS surgen de la necesidad que manifiestan los propietarios de las fincas de tener alternativas para la conservación de los recursos naturales que hay en sus propiedades. Nosotros les ayudamos a conservar y ellos se comprometen a hacerlo, para eso es el acuerdo, para que quede constancia del compromiso”, asevera Johana Villa.

Se realizaron 24 visitas a propietarios de la microcuenca La Herrera. Se les presentó el proyecto, se observaron las necesidades que tenían en sus fincas y se inició con la negociación sobre las intervenciones que se realizarían en cada predio.

“Los que fuimos conscientes de esa necesidad, firmamos el acuerdo para conservar los bosques de nuestra finca. En “La Piedra” y en “La Nevera” se empezó el aislamiento con los cercos, la siembra de árboles nativos de la zona y empezaron a capacitarnos en agroecología y ganadería ecológica”, dice José Humberto Jaramillo.

Los ARAS se establecieron como un mecanismo efectivo para la sostenibilidad de los recursos hídricos, garantizando la calidad y cantidad de agua. Los usuarios del casco urbano contribuyen con aportes económicos al Fondo del Agua: nueve urnas ubicadas en lugares estratégicos.

Leonel de Jesús Marín, hizo su aporte porque “como habitantes del casco urbano nos interesa el agua limpia y así le colaboramos a los propietarios de arriba. La iniciativa es excelente porque sin agua no somos nada”.



Encuentro comunitario en la vereda Quebrada Bonita donde se realizaron diversas actividades como charlas ambientales, capacitaciones, dinámicas y rifa de anchetas, minimercados y material publicitario del proyecto ARAS.



Visita a propietarios de los predios de áreas boscosas en la vereda Quebrada Bonita.



Fotografía ganadora del concurso “Bosques y Agua de Jardín” que se realizó en el marco de la campaña del orgullo y que muestra a La Tebaida en la vereda Quebrada Bonita.

Estos recursos se destinan para facilitar incentivos y compensaciones en especie a los propietarios de la parte alta de las cuencas hidrográficas. Estos incentivos pueden ser la exención de impuestos, la asistencia técnica, los insumos, estufas eficientes y otros. Los nueve integrantes que conforman el Comité de Conservación son los encargados de distribuir los paquetes de incentivos, aprobar los ARAS y hacer seguimiento.

El apoyo y conocimiento general en la comunidad sobre la importancia de conservar, la promoción de buenas prácticas ganaderas y agrícolas, y los cuatro acuerdos firmados para conservar más de 150 hectáreas de bosque, son los resultados más importantes que ha dejado la ejecución de este proyecto.

Mientras me alejo de Jardín y observo el verde de sus montañas y el azul de sus afluentes, pienso: ojalá en el mundo hubieran más locos que, como José Humberto, le apuesten a la conservación del ambiente y la biodiversidad.

Una víctima en el corazón

Este abogado y profesor ha llevado una vida tan heroica como discreta. Es el artífice de las primeras rampas para discapacitados en la Universidad de Antioquia. Impulsó el Centro de Atención a Víctimas del Conflicto Armado que opera en la Antigua Escuela de Derecho, y entre sus grandes enseñanzas está la de aprender a llevar a una víctima en el corazón.

Hace mucho tiempo que Jaime Agudelo mira la vida desde una silla de ruedas, como el físico teórico y cosmólogo Stephen Hawking.

– ¿A usted qué le pasó?

Dan ganas de preguntarle cuando se le ve así, impulsado sigilosamente por sus propias brazadas o acompañado de un ayudante.

No hay misterio, Jaime explica:

–Tenía 22 años. En un paseo me tiré de clavados a un charco y me fracturé el cuello.

Cabeza rapada como Mike Tyson, el boxeador. Ojos redondos y hinchidos párpados. Puños envueltos en guantes mitones de cuero negro, como los deportistas. Así es Jaime.

Tiene una faceta frágil y corriente. La de un hombre en situación de discapacidad que necesita que le den una mano para ir a cualquier parte. Que llama a su sobrino Andrés, de 20 años, para que lo acompañe a moverse por los pasillos de la universidad. Que requiere apoyo de alguno de sus estudiantes para acomodarse en su auto.

Su otra faceta es más dura y reveladora. La de un audaz profesor de derecho, que impulsó el Centro de Atención a Víctimas del Conflicto Armado de la Universidad de Antioquia. Que exige de sus estudiantes mayor compromiso profesional con las víctimas de la violencia armada.

Legados

Apenas era un estudiante y Jaime ya dejaba su nombre impreso en la historia de la Universidad de Antioquia, cuando entabló una tutela para que en algunos edificios del campus se construyeran rampas y ascensores para las personas discapacitadas. Jaime estaba cansado de subir y bajar escaleras entre los brazos de sus compañeros.

Por eso en el año 2001, cuando se inauguraron las primeras rampas y ascensores, las directivas universitarias lo llamaron a él para que cortara la cita ceremonial ante los medios de comunicación. Era una victoria suya para el beneficio de muchos.

No sería la única batalla librada por Jaime. En el año 2007, cuando ya era profesor universitario, pidió al doctor Luis Gonzaga Vélez, entonces director del Consultorio Jurídico de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, que lo dejara reabrir y apersonarse del Programa de Atención a Víctimas de Desplazamiento forzado existente en la Universidad. “Un programa cerrado no sirve de nada. Yo me encargo”, dijo en aquel entonces.

Le hicieron caso. Y siete años después, el Programa, ahora convertido en el Centro de Atención a Víctimas del Conflicto Armado de la Universidad de Antioquia, cuenta con una cómoda oficina en el edificio de la Antigua Escuela de Derecho, en el corazón de Medellín.

En el lugar se brinda asesoría y apoyo en trámites jurídicos a unas 2.000 víctimas cada año. La atención es personalizada. Y el lugar se ha vuelto tan famoso, que llegan víctimas desde todos los rincones del país.

“A veces, hasta a los mismos estudiantes de derecho les falta conciencia de la realidad y de lo que ha pasado en este país en materia de conflicto armado. Todos debemos ser comprensivos con el sufrimiento de las víctimas”, dice Jaime.



Creador de familias

Jaime tiene en su humanidad una tercera faceta, tan carismática como enigmática. Jaime es un hombre creador de familias.

En su familia natural y de sangre, infunde un respeto que se confunde con la veneración. “Es como mi papá”, dice Andrés, su joven sobrino y uno de sus más fieles edecanes. “Él me ayuda con mis estudios y me enseña a ser responsable. Pero no es solo eso: todo en la familia gira alrededor de mi tío Jaime”.

Su segunda familia habita la oficina del Centro de Atención a Víctimas, y está compuesta por una abogada y cuatro auxiliares de derecho. Allí lo tratan como un *brother* de la vida, como un confidente. Con el aprecio y la chanza que se reserva a la familia propia.

“Este es mi segundo hogar”, dice Leidy Dávila, una de sus jóvenes auxiliares, y añade: “el encanto por el derecho se me estaba desvaneciendo, pero conocí este lugar, a sus personas, y a Jaime, y lo amé otra vez. Entendí lo mucho que podíamos ayudar a las víctimas en lo poco que hacemos”.

“Es el jefe, pero no le gusta que le digan así. Aquí todos debemos apreciarnos por igual”, asegura la abogada Lina Oquendo, su mano derecha en el despacho. “Yo le digo «calvito» o Jaimito”, confiesa Leidy Dávila. No por falta de respeto, sino por cariño, aclara ella.

En el mango del corazón

Jaime pareciera tener una tercera familia, cuyos lazos afectivos y cantidad de miembros se hace imposible precisar. Se trata de una familia adoptiva, compuesta por miles de víctimas del conflicto armado colombiano. “Algunos usuarios se convierten como en los hijos de uno”, dice Jaime.

Como si fuesen respetables parientes, Jaime exige a sus auxiliares un trato amable hacia las víctimas y el mejor servicio para ellas. Les enseña a actuar no solo con los conocimientos del derecho, sino también con el alma. Les enseña a adoptar a una víctima en el corazón.

Hace mucho tiempo que Jaime Agudelo mira la vida desde una silla de ruedas. Y desde allí ha logrado cosas sorprendentes.





Al abogado y profesor Jaime Agudelo se le ve siempre rodeado de amigas y amigos.

BUPPE

BANCO UNIVERSITARIO DE PROGRAMAS Y PROYECTOS DE EXTENSIÓN

CONVOCATORIA 2014

**Plazo para presentación de propuestas
a la Vicerrectoría de Extensión**

Proyectos de intervención: Julio 22

Proyectos de convergencia académica y social: Octubre 10



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

VICERRECTORÍA
DE EXTENSIÓN

Términos de referencia y formatos en:
www.udea.edu.co/extension

Informes: 219 81 72 - buppe@extensionudea.net

Centros de extensión unidades académicas



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

**VICERRECTORÍA
DE EXTENSIÓN**



Junio 2014

N.5